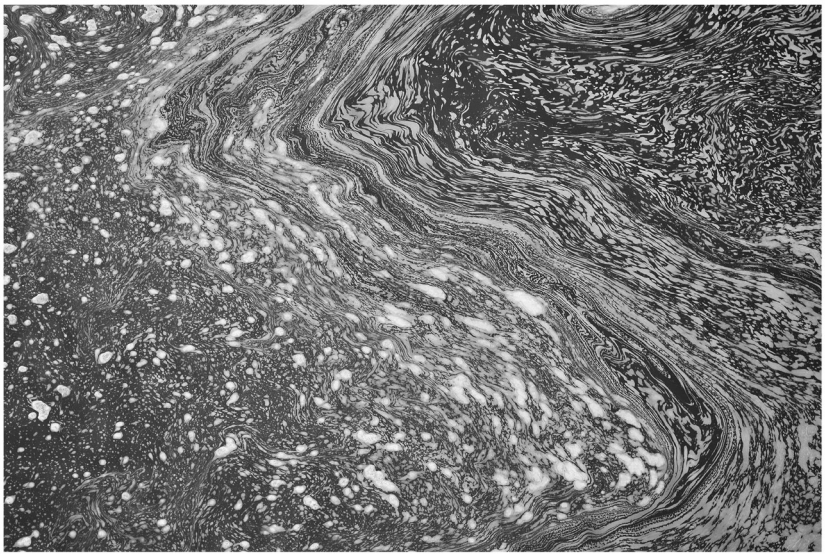
El fútbol infantil… un partido donde se juega el ser hombre

Infantile soccer… a match to become a man

Javier Antúnez



Javier Antúnez
Licenciado en Psicología
Profesor de Psicología (IPA)
xantu@gmail.com

Resumen

Este trabajo ofrece una reflexión acerca de la importancia que tiene uno de los principales deportes del Uruguay en la construcción de la masculinidad. El fútbol infantil posee características que lo convierten en un ámbito privilegiado de socialización, de constitución del Yo y especialmente de construcción de la masculinidad. Si bien esta propuesta podría ser vinculada a la práctica de otros deportes, se considera que el fútbol posee características particulares en función de su relevancia social. Además, algunos de los elementos que se describirán son comunes a otros ámbitos donde la masculinidad se juega —se construye—, lo que brinda líneas de análisis aplicables también a ellos.

Palabras clave: construcción de masculinidad, baby fútbol, fútbol

Abstract

This paper is based on the reflection of the importance of soccer in the construction of masculine identity in Uruguay. Infantile soccer has characteristics and social relevance that turns it into a privileged socialization field for the constitution of the self and specially construction of masculine identity. I will also consider other spaces where masculinity is played and constructed, providing lines of analysis applicable to them as well.

Keywords: construction of masculinity, infantile soccer, soccer

La vida de un hombre vale muy poco. Cada vez menos. Aproximarnos al ideal tradicional que la virilidad impone atenta contra la salud más que el cigarrillo, el alcohol, las drogas, la moto y el fútbol. Llegar a ser varón se paga demasiado caro. Ya va llegando el tiempo de bajar el precio a nuestra condición de padres. Ya es hora de que empiece la liquidación y podamos darnos el gusto de recibir cariño y de disfrutar de una identidad sino regalada, al menos, a precio de oferta.

Juan Carlos Volnovich

El género, una dimensión digna de análisis

Como punto de partida se tomará una concepción de género en tanto aspecto determinado por variables psicosociales, que solo toma al componente biológico del sujeto como punto de apoyo, un aspecto visible primario de reconocimiento, pero sin que exista necesariamente entre ambos aspectos una relación de implicación.

Cada sociedad prescribe y proscribe pautas de conducta, valores y demás elementos que hacen a la construcción del género. En este trabajo el centro de análisis será la construcción del género masculino.

La perspectiva de género descubre una dimensión del sujeto que en la práctica no funciona desde una lógica binaria, aunque se la valore muchas veces en forma análoga al sexo. La pertenencia a un determinado género no está dada, sino que implica una construcción, un proceso mediante el cual se van definiendo y delimitando los aspectos de una nueva subjetividad.

La noción de género nos remite a una red de creencias, actitudes, valores, conductas y rasgos de personalidad, identificada como característica de un determinado sexo. Aunque se puede considerar la distinción entre género masculino y femenino por lo expresado hasta el momento, no hay elementos prefijados que definan a uno u otro, sino que sus características se distribuyen arbitrariamente.

Pensando específicamente en la masculinidad, puede haber elementos constitutivos que se repitan en diversas culturas, pero las diferencias que se encuentran —incluso dentro de una misma sociedad, entre clases sociales o grupos étnicos— nos muestran que no podemos hablar de una subjetividad masculina, sino que se hace necesario utilizar el plural para reconocer todas las combinaciones de elementos posibles, que hacen de la masculinidad una construcción tan singular como identidades masculinas existen.

La masculinidad: de certeza freudiana a incertidumbre posmoderna

La dicotomía hombre-libre/mujer-oprimida no es un reflejo fiel de la realidad masculina. El varón no nace con atributos que le aseguren la adaptación a una sociedad hecha a su medida, sino que la masculinidad deberá ser construida a lo largo de un proceso que corre en paralelo y atravesándose mutuamente con el proceso de constitución de su subjetividad.

Para las distintas visiones clásicas de las escuelas psicoanalíticas, la construcción de la masculinidad no implicaba un agregado a la problemática de su constitución. De todas formas, no debemos olvidar que Freud, al conceptualizar el complejo de Edipo, nos muestra que el acceso a la masculinidad no ocurre de una forma pasiva, sino que este logro depende de la resolución de un proceso.

En la propuesta freudiana se hace referencia a una identificación primaria, a través de la cual el niño se identificaría como sujeto mediante la discriminación Yo/no-Yo. A esta le seguiría la identificación secundaria, resultante de la resolución del complejo de Edipo, que al ser posterior al descubrimiento de la diferencia de los sexos incluiría la identificación sexual, con lo cual el varón y la niña alcanzarían la conformación acorde a su género.

Silvia Bleichmar (2006) agrega a este planteo una instancia intermedia, en la cual el niño, pese a no haber alcanzado el reconocimiento de la diferencia sexual anatómica, sí se reconoce como perteneciente a un género determinado. Lo intuye de una serie de símbolos que la sociedad posee para mostrárselo, tales como: prendas de vestir, juegos, valores, permisos, prohibiciones, que hacen a los primeros criterios sobre los que deberá continuar su proceso de construcción de subjetividad. Agrega que la visión de la masculinidad que se expresa desde la perspectiva freudiana muestra la falta de una teoría sobre la masculinidad, en tanto se da por sentado que el proceso

de adquisición de la misma está prefijado y que esta se mantendrá hasta la muerte. Sin embargo, sus observaciones desde la clínica, así como las que podemos realizar en la vida cotidiana nos muestran que la masculinidad debe ganarse en todo momento, una vez lograda su constitución cualquier falla en la reproducción de los modelos a los cuales se exige sumisión implicaría la descalificación del varón, perdiendo incluso su condición de tal para el prójimo.

Si se amplía el campo más allá de las fronteras del grupo familiar, se puede considerar que no basta con estos elementos para comprender el proceso de construcción de la masculinidad, sino que su complejidad es mucho mayor a la expresada en la línea de pensamiento del psicoanálisis clásico. La masculinidad se juega en muchas otras canchas.

Modelo hegemónico masculino: ser o no ser

Giraldo Neira afirma que:

> los hombres son, además, activos, poseen poder, tienen capacidad para dominar, tienen iniciativa, tienen habilidad, fuerza, independencia, competitividad, individualismo, afán de conquista, ambición. No se debe ser débil, característica típicamente femenina: se pertenece al sexo fuerte. Y el hombre afeminado o «mujeril», además de ser diferente e inadecuado, es inferior. (Neira citado por Flores Colombino, 1990.)

Se puede decir entonces que en nuestra sociedad, donde ha predominado el machismo, las dos características fundamentales que definen al hombre propuesto como modelo son: la heterosexualidad y la agresividad. El varón se ve exigido de «hacerse hombre» renunciando a todo componente femenino. Será hombre en tanto haya superado: la identificación con la madre, la posibilidad de ser homosexual y el verse a sí mismo como niño.

El modelo hegemónico impregna las expectativas de los padres y demás familiares, de acuerdo a cómo deberá ser y actuar el varón, por lo que se puede afirmar que forma parte de los ideales del Yo del padre que el hijo introyectará, se identificará incluyéndolo en su propio ideal del Yo. Más adelante el niño encontrará otros modelos que ejercerán influencia en la constitución de su psiquismo: adultos significativos de su entorno, sus maestros, sus pares y también todos aquellos modelos que socialmente son

valorados, entre los que incluimos a los ídolos y dentro de ellos, como un caso particular en nuestra sociedad, a los futbolistas.

Al enfocar la atención en estos modelos se debe recordar que reflejan a nivel social esos ideales asociados al modelo hegemónico, lo cual no implica que sean fieles representantes del mismo en sus vidas. Se debería agregar a sus características lo proyectado por el grupo social, por lo que estos modelos constituirían un ideal cultural. Se podría considerar que los mismos encarnan los ideales de la sociedad, como los encargados de asegurar la permanencia del modelo hegemónico.

Lo que no debe confundirse es la noción de modelo hegemónico con el comportamiento masculino mayoritariamente observado. Ambos no coincidirán necesariamente, ya que en general el ideal existe principalmente a nivel de los discursos, que circulan más que en los modos de comportamiento. En algunos modelos propuestos, principalmente desde los medios de comunicación, encontramos la exaltación de esos ideales, y los futbolistas son usados como un grupo de referencia.

Esto no implica que no existan otras formas de acceso a la masculinidad, no consensuadas, e incluso censuradas por sectores radicalmente afiliados al modelo dominante. Será importante considerar las luchas que se presentarán entre ellos, constituyendo un enfrentamiento a la interna misma del género masculino, que puede observarse en los casos de hostigamiento que impone el sector dominante, los cuales denuncian las jerarquías y desigualdades que se establecen y que pueden constituir obstáculos en el proceso natural de desarrollo.

Se torna importante reconocer, en una sociedad determinada, el modelo masculino hegemónico y las representaciones que lo sostienen, así como los fenómenos subjetivos que se ponen en juego en el proceso de construcción de la masculinidad, ya sea porque esta pretenda ser homologable al ideal o, por el contrario, reconocer los avatares de los varones que construyen su propia masculinidad siguiendo pautas alternativas a las socialmente valoradas.

Sobre la crisis del modelo

En los últimos tiempos se han observado diversos cambios en ese modelo «predominante» anteriormente descripto. Esto hace difícil mantener la noción de una masculinidad única, ya que las condiciones sociales han llevado al

surgimiento de muchos estilos de ser varón, en respuesta a la multiplicidad de realidades que coexisten en una sociedad.

Además de poseer modelos reales y presentes en el entorno, el niño recibe la influencia de otros referentes lejanos, a los cuales conoce a través de los medios de comunicación e incluso a veces algunos virtuales son mucho más presentes que las figuras parentales en su vida. Los referentes, además, son variados, cambiantes, contradictorios, tal como lo es el propio contexto actual.

No se puede dejar de considerar lo frecuente que es la ausencia paterna en los hogares actuales, por lo cual las figuras femeninas (madre, hermanas, maestras) han cobrado relevancia como trasmisoras de aquello que el niño necesita para desarrollar su masculinidad, sin olvidar además lo planteado anteriormente, sobre la necesidad de ruptura con el mundo femenino que el modelo hegemónico exige.

Por último, se debe considerar que la crisis de un modelo no implica su extinción; se mantiene en lucha con los modelos alternativos y, por ser el instituido, existe un duelo a elaborar previo a su derrocamiento. Cada modelo instituyente será confrontado al mismo e incluso atacado, en tanto altera el equilibrio que el modelo anterior había logrado a nivel de la sociedad.

Fútbol: el arte de mi país

En el Uruguay el fútbol representa más que un deporte, es un elemento central en la cultura nacional, es una práctica social en la que entra en juego mucho más que lo estrictamente deportivo. Se ha convertido, a lo largo de los años, en un organizador de la masculinidad.

Como afirma Tajer (1998):

> hablar de fútbol es hablar de un componente muy importante de la vida cotidiana en nuestra región; es uno de los modos en los cuales se expresa el afecto, la pasión y los vínculos. Y también las construcciones de género, masculinas y femeninas. El fútbol está sexuado y pintado de género, o *generado*, con predominio masculino, aun cuando en los últimos tiempos aparecen cada vez más mujeres apasionadas por este deporte.

El gusto por este deporte y su práctica son asociadas de inmediato con el género masculino y la afiliación a un equipo o cuadro forma parte de la

identidad del varón uruguayo. Se podría afirmar que en Uruguay un niño hereda de su padre un nombre, un apellido y una camiseta.

Podrían realizarse diversos análisis referentes a esta temática, pero es interesante centrar la atención en el particular mundo del fútbol infantil y las características que lo convierten en un ámbito privilegiado de socialización, de constitución del Yo y especialmente de construcción de la masculinidad. Un «refugio generador de pasión e identidad» en tanto habilita la expresión de numerosas manifestaciones afectivas y aporta elementos importantes para la construcción de la subjetividad.

Existe un grupo de fenómenos que se dan en los entrenamientos y encuentros que involucran al jugador, a los padres, a los entrenadores y todo aquel que más o menos directamente participe del juego, que vale la pena analizar.

Se puede comenzar por calificar al club, la cancha, incluso la calle en que se juega un partido como un espacio típicamente masculino. Cuando se lo denomina así, se hace referencia a esos espacios en que la masculinidad se juega, se construye, se concentra y se separa del mundo femenino. Se habla de espacios a los cuales las mujeres históricamente no han tenido acceso, de los cuales han sido excluidas por su condición de tales. Nuestra cultura posee un gran número de estos: bares, clubes, algunos gimnasios o incluso reuniones particulares. La experiencia ha mostrado que en cualquier reunión en que se organice un partido de fútbol, serán los hombres quienes participen y las mujeres organizarán otra actividad.

Quizás la exclusión de la mujer sea el factor más característico de estos espacios, han sido interpretados como lugares a los que esta no debería acceder, debido a que no sería bueno que conociera lo que dentro de ellos ocurre.

Pero otras visiones, como la de Rostagnol (2003), muestran que la exclusión de la mujer se vincula con la necesidad de construir la masculinidad sin influencias femeninas. En el modelo masculino dominante el hombre debe renunciar a todo rasgo de personalidad que pueda asociarse con lo femenino. Por lo tanto, se podría pensar que esta exclusión funciona como una medida de reaseguramiento.

Siguiendo los trabajos antropológicos citados por Silvia Bleichmar (2006), podemos ver que estos espacios son una constante de varios pueblos primitivos, en que a una determinada edad los varones son separados de sus madres y pasan a compartir un espacio con los hombres del grupo.

Se debe señalar que para nuestra sociedad no es posible plantear una homologación lineal de ambas situaciones, requeriría una revisión, ya que las madres también cumplen una función en relación a estos espacios, en tanto muchas veces son ellas las que se encargan de introducir al niño, las que plantean el corte, la separación, quizá como una forma de interdicción edípica.

Cabe agregar en este punto otra discrepancia con la linealidad de la teoría freudiana, en que la masculinidad se alcanza únicamente por intermediación de la presencia del padre y la identificación con el modelo concreto. En nuestra cultura, el modelo hegemónico, machista, de hombre no solo es impuesto por el padre. Las madres han cumplido un importante rol en la imposición del mismo y entendemos que si este modelo ayuda a moldear el ideal del Yo, en función de un ideal cultural, entonces la madre posee un gran peso en este proceso a nivel individual y social.

Incluso se podrían plantear las siguientes hipótesis: el fútbol, tanto inscripto en un ámbito formal —siendo miembro de un club— como en informal —un partido entre padre e hijo— puede constituir un espacio de encuentro entre ambos y de manifestación de los más diversos afectos, aspecto vedado en otros ámbitos por las exigencias del ideal cultural y que por otro lado, este deporte (y seguramente otros) pueda ser incluido por la madre como un sustituto de la función paterna en ausencia de esta figura, por medio del cual el niño acceda a figuras identificatorias masculinas como el entrenador y los otros miembros del equipo.

Se debe recordar que la masculinidad no se define solamente desde lo masculino, sino que, como afirma Robert Connell (1998):

> La masculinidad, si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición de las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con una posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura.

De todas formas, no se puede negar que en torno a este deporte se juega un sinfín de dinámicas vinculares muy particulares y dignas de análisis más detallado. En tanto hecho cultural, se podría vincular al fútbol con los antiguos rituales de iniciación, mediante los cuales el niño accedía al mundo adulto. Tomando en consideración el momento de la vida en que el encuentro del niño con este deporte ocurre, no podemos afirmar que el niño se «haga

hombre» de esa forma, o sea, que acceda al mundo adulto propiamente dicho, pero sí podemos preguntarnos si este rito no constituye un prerrequisito para ello. Como un paso previo, en un proceso que en nuestras sociedades no ocurre repentinamente, sino que acompaña todo el proceso de constitución de la subjetividad. El niño deberá entonces demostrar que posee determinadas características, del ideal masculino propuesto socialmente. Eso brindará tranquilidad a los padres.

Pero como ya se dijo, en la cancha se juegan además otras cosas. El ser hombre se asocia con una actitud de dominio sobre los demás, especialmente las mujeres, con la capacidad para triunfar siempre, ante todo desafío que surja, así como no experimentar miedo ante la adversidad, sino siempre intentar vencer de cualquier manera. Se debería pensar cómo se vinculan estas exigencias con la construcción del superyó y los ideales del Yo, y cómo las elaborará el niño cuando no alcance el éxito que necesita lograr.

Los ideales de masculinidad hegemónica en nuestra cultura han girado en torno a la destreza física, capacidad y cualidad de penetración, potencia, fortaleza emocional. La masculinidad se mide en términos de éxito, asertividad y autonomía. Mientras que para la mayoría de los hombres es simplemente imposible cumplir con los requisitos de los ideales dominantes, estos mantienen una poderosa y a menudo inconsciente presencia en la subjetividad de los varones (Carril, 2003).

Además, se pueden pensar estos aspectos en relación al narcisismo del niño, ¿cómo entra en juego en esta constante fluctuación entre triunfos y victorias que implica la competencia? Aquí será determinante el grado de tolerancia a la frustración que el niño posea, el grado de cohesión y fuerza yoica. La experiencia muestra que los niños pueden ser víctimas de crueles comentarios y sermones por parte de los adultos, que muchas veces provocan futuros fracasos e incluso rechazo por el juego. El Yo del niño puede salir fortalecido, puede obtener una gran satisfacción de estas experiencias, pero si no alcanza los ideales impuestos puede experimentar gran frustración y culpa. El niño no solo deberá rendir cuentas por sus errores, sino también por las frustraciones que sus padres proyecten, en función de aquello en lo que sienten que fallaron para convertir a su hijo en un ganador, en un hombre.

Debe destacarse que en este ámbito se favorece el desarrollo de las habilidades instrumentales y prácticas, de cuyo logro depende alcanzar cierto balance narcisista. Estas habilidades se vinculan a la descarga agresiva

mediante el uso de la musculatura, por lo que permiten a su vez la expresión del sadismo y podemos pensar que posiblemente abra una salida ante las frustraciones narcisistas que puedan presentarse ante las situaciones ya mencionadas. Por otra parte, se podría pensar que de esta forma se promueve la conservación del modelo hegemónico, del cual la agresividad es un aspecto central. A estos modelos Connell (1998) los llama «masculinidades colectivas», representan las pautas de conducta definidas socialmente y afirma que:

> Las investigaciones sociológicas sobre el deporte han demostrado que la estructura del deporte organizado crea, en el plano de la organización, una masculinidad agresiva por su modelo de competición, su sistema de entrenamiento y su jerarquía estratificada de niveles y recompensas. (Conell, 1998.)

Destaca a su vez la participación de los medios de comunicación en la difusión de imágenes sobrevaloradas de figuras del mundo deportivo. Mientras que la mayoría de los varones solo encajarían en forma imperfecta en esas categorías, los héroes deportivos presentan rasgos que son admirados socialmente, que harían perdurar las jerarquías y la hegemonía de estos modelos.

Conclusión

De acuerdo a lo expresado hasta aquí, se puede pensar que la construcción del género establece diferencias entre los géneros y entre los individuos de un mismo género, que son centrales en la constitución de la subjetividad y especialmente en lo que refiere a la masculinidad.

Esto no implica únicamente la definición de quien uno es, sino que además posee la dimensión relacional que nos posiciona frente a los demás, estableciendo relaciones de poder, sometimiento o solidaridad entre las personas.

El ámbito del fútbol infantil constituye un espacio en que todas estas relaciones se expresan y se aprenden. Dependiendo del tránsito realizado por el mismo y de las acciones promovidas por los diversos actores que participan allí, podrá convertirse en un ámbito de consolidación o de cuestionamiento del modelo masculino hegemónico.

Esto dependerá de la aceptación acrítica de las representaciones sociales y los diversos mitos que condicionan la construcción de la masculinidad o, por el contrario, de su constante cuestionamiento. Este último permitirá construir hombres cuya autoestima y realización personal dependa de su ser personal y no del éxito o fracaso en la identificación con un modelo perimido, o que al menos ya no posee el peso de otros tiempos en una sociedad tendiente a la equidad tanto inter como intragéneros. También permitirá otro acercamiento al deporte, desde la elección personal y el disfrute, no desde una imposición evaluatoria.

Bibliografía

Allegue, R. (2003). Los varones se hacen. Masculinidad. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, VI, 3.

_____, y Carril, E. (2000). El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico. En Souza, L., Guerrero, L., y Muñiz, A. (comp.). *Masculino-Femenino. Perspectivas teórico-clínicas*. Montevideo: Facultad de Psicología-Psicolibros.

Alvarado Cantero, C. (2005). El laberinto de las masculinidades: de seminaristas, adolescentes pobres y estrellas juveniles de fútbol, relato de tres experiencias de trabajo con adolescentes varones desde la salud sexual y reproductiva [PDF]. *Revista Adolescencia y Salud*, 6, 1-2. Recuperado de: http://www.binasss.sa.cr/revistas/ays/6n1/art4.pdf

Assandri, J. R. (2001). Los sexos del psicoanálisis. *Revista Querencia*, 3. Recuperado de: http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro3/jose_assandri.htm

Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Bs. As.: Paidós.

Burin, M. Meler, I. (2000) Varones. Género y subjetividad masculina. Ed Paidós. Buenos Aires. Argentina.

Capurro, R. (2001). Homosexual-Heterosexual. Crítica de un par conceptual. *Revista Querencia*, 2. Recuperado de: http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro2/raquel_capurro.htm

Carril, E. (2003). De cuando las mujeres se quejan, los varones se enferman y l@s terapeutas no escuchamos. *Masculinidad, Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, VI, 3.

Connel, R.W. (1997). La organización social de la masculinidad [PDF] (1995). Recuperado de: http://higualitaris.grunyi.net/wordpress/wp-content/uploads/organizacion-social-masculinidad-connell.pdf

_____ (1998). Enseñar a los chicos: nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para la escuela [PDF]. Recuperado de http://www.quadernsdigitals.net/index.php?accionMenu=hemeroteca.DescargaArticuloIU.descarga&tipo=PDF&articulo_id=6693

Ferreira, B. (2005). Género y diversidad: habitando nuevos escenarios. *Centro de Estudios de Género y Diversidad Sexual*. Recuperado de: http://www.generoydiversidad.org/articulos/verarticulos.php?id=30

Flores Colombino, A. (1990). *La nueva revolución sexual*. Montevideo: Dismar.

Foucault, M. (2002). *Historia de la sexualidad*. Bs. As.: Siglo XXI.

Freud, S. (1979a). Tres ensayos sobre teoría sexual (1905). En *Obras completas* (vol. VII) Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909). En *Obras completas* (vol. X). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979c). Tótem y tabú (1913). En *Obras completas* (vol. XIII). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979d). Introducción al narcisismo (1914). En *Obras completas* (vol. XIV). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979e). Psicología de masas y análisis del Yo (1921). En *Obras completas* (vol. XXIII). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979f). El yo y el ello (1923). En *Obras completas* (vol. XIX). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979g). Sobre el sepultamiento del complejo de Edipo (1924). En *Obras completas* (vol. XIX). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979h). El problema económico del masoquismo (1924). En *Obras completas* (vol. XIX). Bs. As.: Amorrortu.

_____ (1979i). El porvenir de una ilusión (1927). En *Obras completas* (vol. XXI). Bs. As.: Amorrortu.

Laplanche, J. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Bs. As.: Editorial Paidós.

Muñoz, C. (2003). Los hombres, ¿nacen o se hacen? *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, VI, 3.

Prieto, G. (2003). Complejo de Edipo y complejo de castración. Publicación del área de Psicoanálisis [versión xerox]. Montevideo: Udelar.

Rodríguez, M. A. (2004). *El varón a través de dos siglos: un ensayo reflexivo inspirado en una obra de Elisabeth Badinter. VII Jornadas de Psicología Universitaria*. Montevideo: Tradinco.

Rostagnol, S. (2003). «El club de Toby». Los espacios entre-hombres en la construcción de masculinidad. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, VI, 3.

Tajer, D. (1998). *El fútbol como organizador de la masculinidad*. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 8, 248-268. Recuperado de http://www.redalyc.org/articulo.oa?idp=1&id=88411133009&cid=38141